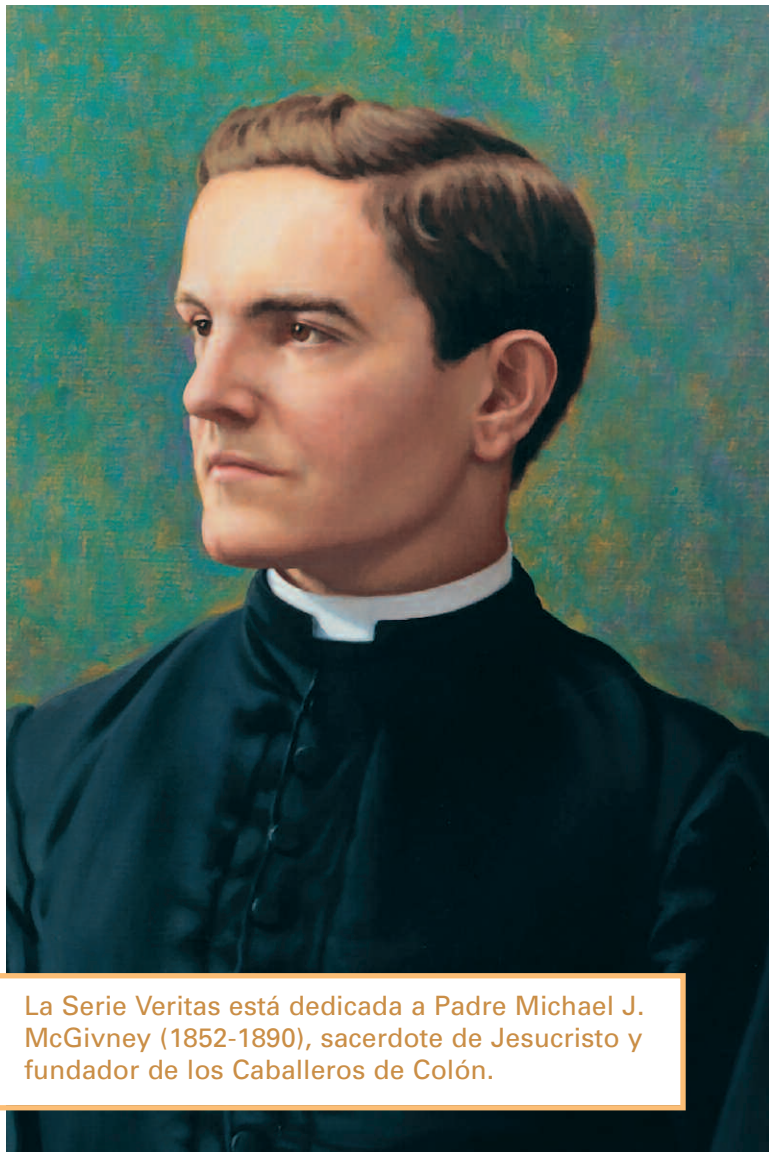




La Sagrada Eucaristía

Padre Bernard Mulcahy, O.P.



La Serie Veritas está dedicada a Padre Michael J. McGivney (1852-1890), sacerdote de Jesucristo y fundador de los Caballeros de Colón.

Caballeros de Colón presenta
La Serie Veritas
“Proclamando la fe en el tercer milenio”

La Sagrada Eucaristía

POR
PADRE BERNARD MULCAHY, O.P.

Editor General
Father Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director del Servicio de Información Católica
Conejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nihil Obstat
Censor Deputatus
Rev. Msgr. Laurence R. Bronkiewicz, S.T.D.

Imprimatur
† William E. Lori, S.T.D.
Obispo de Bridgeport
7 de junio de 2006
(*provisto para el texto en inglés*)

El *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2007 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1994, United States Catholic Conference, Inc. – Librería Editrice Vaticana. Todos los derechos reservados.

Para la versión en español, se usan con autorización los textos de la *Biblia de Jerusalén, Nueva edición revisada y aumentada* © 1998 Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, Desclee De Brouwer, S.A., Bilbao, España.

Portada: © Fra Angelico, *La Última Cena*, Museo di S. Marco, Florencia, Italia
Crédito de la foto: Eirch Lessing / Art Resource, NY

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escribir a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven CT 06521-1971

cis@kofc.org
www.kofc.org/sic
203-752-4267
203-752-4018 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

ÍNDICE

NOTA SOBRE TÉRMINOS Y PERSPECTIVA	5
LA SAGRADA EUCARISTÍA	6
PARTE 1: EL BANQUETE EUCARÍSTICO	13
PARTE 2: LA EUCARISTÍA, VERDADERO SACRIFICIO DE CRISTO	21
EL SACRIFICIO SUPREMO	25
PARTE 3: RECIBIENDO LA SAGRADA EUCARISTÍA.....	30
NOTAS.....	38
BIBLIOGRAFÍA	39
LECTURAS SUGERIDAS.....	40
SOBRE EL AUTOR	41

Nota sobre términos y perspectiva

La Iglesia Católica es una comunión de creyentes de 21 iglesias autónomas adheridas a una forma específica de elaboración teológica, práctica, litúrgica, vida espiritual y ley canónica, la cual es una, santa, católica y apostólica. Todas estas 21 iglesias se mantienen firmes a la doctrina de la fe y leales a la Verdad manifiesta y revelada. Aunque el mayor número de católicos pertenece al Rito Latino, hay otras Iglesias Orientales más pequeñas que son católicas y por lo tanto forman parte de la Iglesia, tales como la Iglesia Maronita (católicos libaneses), la Iglesia Bizantina (entre ellos están los rutenios, ucranianos, malaquitas y otros), la Iglesia Armenia, Iglesia Siria e Iglesia Copta (católicos egipcios). Todas estas diferentes iglesias están en plena comunión con el Obispo de Roma (el Papa) y sus sacramentos son válidos para los católicos del Rito Latino. Con la excepción de los maronitas, las Iglesias Orientales tienen una Iglesia Ortodoxa hermana. Para simplificar, este cuadernillo usa la terminología común a los católicos del Rito Latino. Por ejemplo, la liturgia eucarística es llamada la Misa, aunque la mayoría de los católicos orientales la llamarían la Liturgia Divina; en la Iglesia Latina se usa la palabra sacramento mientras que los católicos orientales usan la palabra misterio. Asimismo, la mayoría de las descripciones de ritual se refiere a la práctica del Rito Latino, el cual es más común en los Estados Unidos.

En esta Serie, el cuadernillo #342, Las Iglesias Orientales, provee un breve vistazo a la rica historia y herencia de las iglesias católicas orientales.

La Sagrada Eucaristía

En cierto momento de la Misa católica, el sacerdote dice a los fieles: “¡Levantemos el corazón!” *Sursum corda* en latín. Y el pueblo responde: “Lo tenemos levantado hacia el Señor”.

Cuando se refiere a Dios y a las cosas de Dios, hasta a los creyentes hay que decirles: “¡Levantemos el corazón!” Nuestros corazones y nuestras mentes tienden a sumergirse en los intereses mundanos en las exigencias de la carne y de la vida cotidiana. Al hablar sobre la Sagrada Eucaristía--y aun más cuando estamos en Misa o cuando comulgamos--debemos hacer todo lo posible, con la ayuda de la gracia, para mantener nuestros pensamientos fijados y levantados hacia lo que Dios está haciendo.

Antes de hablar de las obras de Dios, tenemos que comenzar con una palabra sobre el Altísimo. Dios es autosuficiente de por sí. Él no necesita nada, y ninguna criatura puede amenazar o disminuir la felicidad del Creador. Siempre y eternamente, Dios es el Padre de su sempiterno Hijo divino y la fuente, en unidad con el Hijo, del Espíritu Santo. Siempre unidos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven en la eterna perfección de belleza, amor, santidad, unidad, vida y verdad.

Puesto que Dios no tenía la necesidad de crear, se desprende que Él creó el universo por mera bondad, libertad y generosidad. Más aun, no se limitó a crear las estrellas, planetas, plantas y animales, sino que eligió también crear personas que participaran en Su propia vida eterna divina y de su felicidad infinita. Hizo dos clases, a saber, ángeles y hombres. Dios hizo a los ángeles y a nosotros capaces de recibir de Él el don (o gracia) de conocerle y amarle, de morar en Él, y de participar de su propia felicidad y vida divina.

La simple creación de ángeles y hombres, sin embargo, no es lo mismo que conducirlos a la infinitud y perfección de la vida divina. De hecho, sabemos que una vez creados, el hombre (a través de nuestros primeros padres a quienes la Biblia llama Adán y Eva) y algunos ángeles “cayeron” por el pecado. En el caso del hombre, esto resultó en el alejamiento de Dios y el rompimiento de la armonía en la cual nuestros cuerpos y almas habían sido creados. Y desde entonces se ven las consecuencias del pecado original: el pecado personal, vicio, pasiones desordenadas, olvido de Dios, sufrimiento, enfermedad y muerte.

Puesto que Dios es omnisciente, sin duda nuestra caída no le tomó de sorpresa. Hasta estaríamos tentados a preguntar: “¿Por qué no nos detuvo?” Sin duda estaríamos preguntándonos todas estas cosas si Dios no hubiera comenzado, en la plenitud del tiempo, a revelarse a sí mismo nuevamente y a llevar a cabo no sólo una restauración del hombre caído, sino a elevar al hombre a una exaltación nueva y nunca antes soñada. Cualquiera que fuera la felicidad de Adán y Eva antes de su pecado y sus horribles consecuencias, su felicidad no puede compararse con las bendiciones, el regocijo y la gloria que Dios decidió concedernos en Jesucristo. De hecho, ni Dios mismo hubiera podido darnos un don mayor, o elevarnos a una vida más sublime, que la que Él nos da en Cristo. La unión con Cristo no sólo nos perdona y nos limpia de nuestros pecado sino también nos hace dignos partícipes de la misma vida divina de Dios. Dios Padre nos invita a *adentrarnos* en la Santísima Trinidad en Su Hijo eterno, quien “se hizo hombre para que los hombres pudieran hacerse Dios” (como dice San Agustín). Dios nos ofrece membresía en el Hijo eterno, y por lo tanto Él se nos ofrece a sí mismo, y nada menos.

Así como la grandeza de la generosidad de Dios es demasiado buena como para que alguien se la hubiera imaginado

de antemano, así también las formas que Él dispuso para ejecutar su plan eran demasiado maravillosas para imaginarlas de antemano. Como sabemos, después de siglos preparando un pueblo escogido, el pueblo judío, Dios envió al mundo a su propio Hijo. Como se dice en el Credo de los Apóstoles, el Único Hijo “fue concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; ascendió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos”.

Hasta el momento, entonces, estamos observando dos hechos. Primero, Dios tiene un plan para conducir a las criaturas (nosotros) a una maravillosa intimidad con Él. Segundo, su plan es llevado a cabo mediante la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, quien es el Hijo Eterno de Dios y quien se hizo entre nosotros como un hombre perfecto. Ahora nosotros acudimos a los sacramentos para comprender exactamente cómo la acción salvífica de Jesucristo se hace presente y efectiva en nosotros en nuestro propio tiempo y lugar.

Antes de su muerte, Jesucristo reunió a los Doce Apóstoles. A estos hombres escogidos Cristo les encomendó la misión de predicar su Evangelio y de regir (es decir, la Iglesia). Más misteriosamente aun, sin embargo, Él también les confió su obra de santificación –es decir, de aplicar las bendiciones del vida divina a los creyentes. Para citar sólo un ejemplo podemos observar la misión dada a los Apóstoles al final del Evangelio de San Mateo cuando leemos:

Jesús se acercó a ellos [los Apóstoles] y les habló así:
“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.
Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes

bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mateo 28, 18-20).

Es significativo que el Señor no envió a los Apóstoles sólo a predicar el Evangelio al mundo entero e instruirlos bajo su autoridad divina. Sino también los envió con un nuevo modo de oración, bendición y consagración: el bautismo y también los otros sacramentos que Jesús confió a sus discípulos.

A final de cuentas, Jesucristo le dio a Su Iglesia los siete sacramentos. Por medio de los sacramentos, el Espíritu Santo hace presente y efectiva entre nosotros la actividad salvífica de Jesucristo. Los siete sacramentos (y algunos textos bíblicos que dan testimonio de ellos) son:

Bautismo (Mateo 28, 19),

Penitencia (Juan 20, 23),

Confirmación (Hechos de los Apóstoles 8, 17; 19, 6),

Sagrada Eucaristía (Lucas 22, 19),

Matrimonio (Efesios 5, 25; Mateo 19, 3-9),

Unción de los enfermos (Epístola de Santiago 5, 14 y siguientes),

Orden sacerdotal (2 Timoteo 1, 6; 2, 2).

El Señor Jesús le entregó estos sacramentos a la Iglesia como el medio escogido por medio del cual Él mismo obraría en el mundo entre el momento de su ascensión a los cielos y su nueva venida gloriosa al final del mundo. En cada sacramento, es Cristo quien obra mediante la intervención natural visible de sus ministros. Los sacramentos no dependen de la santidad de su ministro terrenal para ser efectivos, aunque cualquiera que los recibe irreverentemente mina su utilidad.

Seis de los sacramentos confieren dones espirituales específicos: renacimiento espiritual (Bautismo), la efusión especial del Espíritu Santo (Confirmación), el perdón de los pecados cometidos después del bautismo (Penitencia, también llamada Confesión o Reconciliación), la unión para toda la vida de hombre y mujer (Matrimonio), el fortalecimiento espiritual de aquellos en peligro de muerte por enfermedad o fragilidad de ancianidad (Unción de los Enfermos), y consagración en el poder sagrado de enseñar, gobernar y bendecir en la Iglesia (Orden sacerdotal).

El séptimo sacramento, la Sagrada Eucaristía, es diferente de los otros seis en que no sólo es un medio mediante el cual Cristo obra para producir un efecto. Sino también, la Sagrada Eucaristía contiene y nos da al mismo Jesucristo en su completa realidad como Dios y Hombre. En la Sagrada Eucaristía, Cristo está presente sustancialmente, es decir, en el pleno y verdadero ser de Su Divinidad y de Su Humanidad – su cuerpo y sangre corporal, su alma humana. La Eucaristía no meramente simboliza a Cristo, o nos recuerda a Cristo o representa a Cristo: la Sagrada Eucaristía es Cristo, en la perfección de su presencia corporal.

¿Cómo podemos decir que la Eucaristía es Jesucristo? ¿Qué significa y cómo lo vemos en las Escrituras? Como nuestro guía para contestar esta pregunta, tomaremos al santo que es, al parecer, el mejor teólogo de la Sagrada Eucaristía: Santo Tomás de Aquino (1225-1274), miembro de la Orden de Frailes Predicadores (los dominicos), un hombre santo y también uno de los pensadores más brillantes de la Iglesia.

Santo Tomás Aquino no sólo escribió libros de teología. Santo Tomás sino también escribió himnos. En efecto, a principios de la década del 1260 el Papa Urbano IV le pidió a

Santo Tomás que compusiera oraciones para la solemne fiesta de *Corpus Christi* (latín para “Cuerpo de Cristo”), el día en que la Iglesia celebra de manera especial la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. El resultado fue una colección de himnos que no sólo eran bellos sino ricos en verdadera fe y doctrina. Los himnos eran tan hermosos que la Iglesia los ha atesorado desde entonces y en cualquiera de éstos podemos encontrar un admirable resumen de lo que creen los católicos sobre la Sagrada Eucaristía.

Este pequeño cuadernillo también tiene el propósito de resumir la fe de la Iglesia en lo que concierne a la Sagrada Eucaristía. Siguiendo la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, nuestra explicación escudriñará el himno que él escribió para ser cantado a primera hora en la mañana en la Fiesta de Corpus Christi. El himno se conoce por sus primeras dos palabras en latín, *Sacris sollemniis*, y en español la lírica es la siguiente.

¡Que a las sagradas solemnidades acompañe el júbilo:
y que del corazón salgan alabanzas.
Lejos todo lo viejo, sea todo nuevo:
corazones, voces y obras.

Celebramos la memoria de la Última Cena,
en que creemos que Cristo dio a comer
a sus discípulos el Cordero y los ázimos,
según la ley dada a nuestros antiguos Padres.

Después de comer el Cordero figurativo, y terminada la Cena,
creemos que el Cuerpo del Señor fue dado
a los discípulos por sus propias manos,
y tan entero a todos, como a cada uno de ellos.

Dio a los flacos (discípulos) el alimento de su Cuerpo;
dio a los tristes la bebida de su Sangre,
diciendo: “Tomad el vaso que os entrego,
bebed todos de él”.

Así instituyó este Sacrificio
cuyo ministerio quiso confiarlo sólo a los presbíteros,
a los cuales compete el tomarlo
y el administrarlo a los demás.

El Pan de los Ángeles es hecho pan de hombres;
da el Pan celestial fin a todas las antiguas figuras.
¡Oh cosa admirable! ¡que coma al Señor
el pobre, el siervo y el humilde!

A Ti, Trina Deidad y Una, te pedimos
que nos visites, así como nosotros te honramos.
Por tus sendas guíanos al fin a donde tendemos,
hasta la luz en que moras. Amén.¹

Repasaremos estas siete estrofas en tres grupos, para guiarnos a través de las tres partes vitales de la Fe Eucarística de la Iglesia. Primero, observaremos las estrofas uno y dos, y examinaremos la Eucaristía como un banquete y como la nueva y verdadera Pascua. Luego desmenuzaremos las estrofas tres, cuatro y cinco para ver cómo la Eucaristía es el verdadero Cuerpo y Sangre de Jesucristo – la realidad, y no un mero símbolo o figura. Aquí también veremos por qué la Iglesia habla de la Eucaristía como un Sacrificio. Finalmente, veremos las estrofas seis y siete de nuestro himno para considerar cómo y por qué debemos recibir la Sagrada Eucaristía. Estos versos finales

son sin duda los más conocidos del himno, ya que son el texto del *Panis Angelicus*, una oración a la que le han puesto música docenas de compositores a través de los siglos.

Parte 1: El banquete eucarístico

¡Que a las sagradas solemnidades acompañe el júbilo:
y que del corazón salgan alabanzas.
Lejos todo lo viejo, sea todo nuevo:
corazones, voces y obras.

Celebramos la memoria de la Última Cena,
en que creemos que Cristo dio a comer
a sus discípulos el Cordero y los ázimos,
según la ley dada a nuestros antiguos Padres.

La sagrada Eucaristía es celebrada como un banquete, como una especie de cena ritual solemne. Hasta aquí está claro hasta para un no creyente que entra a una iglesia a observar. Sumamente obvio está el sacerdote: un hombre vestido con ropa poco usual quien aparentemente supervisa todo el suceso; después de algunas lecturas y quizás un sermón, él va al altar (que parece más o menos una mesa) y después de varias oraciones y gestos le distribuye a la gente lo que parece simple pan y vino. Luego hay unas oraciones más y todos se van a casa. Cualquiera Podría adivinar que esta comida que es esta comida que atrae la gente.

La observación de la Sagrada Eucaristía del no creyente es superficial, pero no enteramente incorrecta. La Eucaristía es, sin duda, un banquete, y sí hace uso de pan y vino – pero la realidad de lo que está sucediendo sobrepasa grandemente cualquier apariencia visible a los ojos.

El himno ya citado nos indica la Sagrada Eucaristía cuando se refiere a los ‘ritos antiguos’ y al comer ‘un cordero con pan sin levadura’. Cualquiera familiarizado con la religión judía reconocerá esta referencia al suceso principal del Antiguo Testamento: la Pascua, cuando los hijos de Israel fueron rescatados por Dios de su esclavitud en Egipto.

Las conexiones entre la Sagrada Eucaristía y las alianzas y sacrificios del Antiguo Testamento son muchas. Podríamos comenzar con la referencia al cordero del sacrificio. Al examinar las Escrituras, encontramos que el cordero es un animal escogido especialmente para el sacrificio a Dios. En Génesis 4, 2, vemos que Abel (el segundo hijo de Adán y Eva) agradó a Dios ofreciéndole la primera oveja nacida en sus rebaños. Más adelante en la historia del Antiguo Testamento, cuando Abraham probó su disposición para obedecer a Dios ofreciéndole como sacrificio a su único hijo Isaac, dijo profetizando: “Dios proveerá el cordero para el holocausto” (Génesis 22, 8). Y a través de los siglos, el pueblo judío seguía el mandato de Dios ofreciéndole cordero – entre otros animales – como sacrificios a Dios (ver, por ejemplo, Levítico 3, 7; 5, 6; 12, 6; 14, 10-25; 23, 12-19; Numeros 6, 12-14; 7, 15-81; 15, 5; 28, 7; 29, 15; 1 Crónicas 29, 21; 2 Crónicas 29, 21-32; Esdras 6, 9; Isaías 1, 11; 34, 6; Ezequiel 46, 4-15; Daniel 3, 40).

La referencia más importante al cordero se encuentra en el relato de la Pascua. Aquí es también donde el sacrificio de un cordero es asociado con “pan sin levadura” (pan hecho sin levadura para que no suba). La Pascua era la noche en la que Dios liberó a los israelitas de su esclavitud en Egipto. Esa noche, Dios envió un ángel para matar a los primogénitos en Egipto. Por medio de Moisés, sin embargo, Dios le dio a los israelitas instrucciones para una cena de sacrificio que aseguraría la supervivencia de sus hijos y fortalecería al pueblo para su

apresurada escapada de Egipto. El mandato de Dios relatado en el Libro del Éxodo fue el siguiente:

[Dijo Yahveh a Moisés:] Hablad a toda la comunidad de Israel y decid: ... tomará cada uno para sí una res de ganado menor por familia, una res de ganado menor por casa. Y si la familia fuese demasiado reducida para una res de ganado menor, traerá al vecino más cercano a su casa, según el número de personas y conforme a lo que cada cual pueda comer. El animal será sin defecto, macho, de un año. Lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y toda la asamblea de la comunidad de los israelitas lo inmolará entre dos luces. Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde lo coman. En aquella misma noche comerán la carne...

... Yo pasaré esa noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, Yahveh. La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera al país de Egipto (Éxodo 12, 3-13).

La Pascua no fue celebrada sólo una vez. Dios les dijo a los israelitas que observaran la fiesta de la Pascua todos los años como un memorial del suceso original. “Este será un día memorable para vosotros y lo celebraréis como fiesta en honor de Yahveh de generación en generación. Decretaréis que sea fiesta para siempre (Éxodo 12, 14). Y así como aquellos que no observaron la primera Pascua serían exterminados por el Ángel de la Muerte, así Dios dijo a su pueblo que cuando celebraran la

Pascua de generación en generación, si alguno no observara la fiesta “será exterminado de la comunidad de Israel” (Éxodo 12, 19).

La razón por la cual era vitalmente importante el observar la Pascua, aun después del suceso original, era que el “memorial” no era algo del *pasado* para simplemente ser recordado en el sentido ordinario de la palabra. Por el contrario, la fiesta memorial de la Pascua implicaba *Dios* acordándose de su pueblo. No se trata de una noción imposible de un Dios olvidadizo sino de un Dios que se "acuerda" in el sentido de ser diligente con su pueblo, actuando en el presente según las promesas divinas del pasado.

La Pascua era una clase especial de memorial, que traía un suceso del pasado para que tuviera relevancia en el presente, y hacía que los efectos del suceso pasado, fueran reales, continuos y activos en una fecha posterior. Esto es por lo que Dios dijo a los israelitas que aun después de ellos haber salido de Egipto, ellos deberían, a través de los siglos, explicar la Pascua a sus hijos no como un mero símbolo o recordatorio de lo que Dios había hecho en el pasado, sino más bien como el *mismo* sacrificio, la misma Pascua, la *misma* práctica que Dios *todavía* usa para destacar a su pueblo de entre sus vecinos paganos. La Pascua continuará siendo lo que era, y haciendo lo que hizo la primera vez que fue observada por el pueblo. Por eso, Yahveh dijo:

También guardaréis este rito cuando entréis en la tierra que os dará Yahveh, según su promesa. Y cuando os pregunten vuestros hijos: “¿Qué significa para vosotros este rito?” responderéis: “Este es el sacrificio de la Pascua de Yahveh...” (Éxodo 12, 25-27).

Con todo esto en mente, podemos pasar a la Última Cena. Esta fue la última cena que el Señor Jesucristo tuvo con sus doce

apóstoles, y ésa fue su última cena antes de su muerte en la Cruz. Esta se celebró un jueves en la noche, y no fue cualquier cena: era la celebración anual de la Pascua. Y era algo más.

A veces Cristo hablaba en una manera misteriosa de su éxodo que iba a cumplir en Jerusalén (Lucas 9,31). El único éxodo conocido por parte de sus discípulos era la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto, en el tiempo de Moisés. Después de todo, sólo había habido un éxodo, cuando Moisés liberó a Israel de Egipto. Hablando con más claridad, el Señor comenzó a relacionar la fiesta de la Pascua con su propia muerte, diciendo: “Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado” (Mateo 26, 1). Luego, cuando llegó el día, “los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos para comer el cordero de Pascua?” (Mateo 26, 17). “Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: ‘Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer’” (Lucas 22, 14-15).

Pronto los apóstoles sabrían por qué Jesús estaba tan ansioso de comer la Pascua con ellos, y lo que Él quería decir cuando habló de un nuevo éxodo. Porque en esta Pascua, la Última Cena, Cristo establecería algo milagroso y nuevo, algo que los ritos antiguos de la Pascua sólo habían prefigurado: la alianza nueva y sempiterna, la nueva Pascua de su propio sacrificio perfecto.²

En la Última Cena, Cristo se reveló a sí mismo como el cordero del sacrificio, el cordero de la Pascua, de la nueva alianza. Esto había sido profetizado a través del Antiguo Testamento, y fue revelado al comienzo del ministerio público de Cristo por medio de las palabras de San Juan el Bautista. Uno de los acontecimientos más misteriosos del Nuevo Testamento surge

cuando Jesucristo va al Río Jordán a ser bautizado por San Juan. En el Evangelio leemos que Juan “ve a Jesús venir hacia él y dice: ‘He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’” (Juan 1, 29). Este título, Cordero de Dios, debe haber confundido a todos los que lo escucharon. ¿Por qué Juan llamó a Jesús el Cordero de Dios? ¿Qué tiene eso que ver con “el pecado del mundo”? La respuesta comenzaría a aclararse en la Última Cena.

Según nos dice la Escritura, Cristo instituyó la Sagrada Eucaristía después de comer la cena Pascual con sus doce apóstoles. Por medio de la Última Cena y mediante su pasión, muerte, resurrección y ascensión al Cielo, Cristo llevó a su plenitud las alianzas y promesas del Antiguo Testamento. Por eso llama el cáliz ‘la Nueva Alianza en mi sangre (Lucas 22,20) y dice que su sangre será ‘derramada por muchos’ (Marcos 14,24).

Sólo podemos imaginar lo que los discípulos pensaron sobre este regalo en la Última Cena, ya que no está claro cuánto ellos entendieron de lo que estaba sucediendo. Sin duda no tuvieron mucho tiempo para pensar en ello porque esa misma noche Jesús sería traicionado por Judas, arrestado por las autoridades judías y finalmente entregado a los romanos. Al amanecer, Él apareció frente a Poncio Pilato y fue azotado, condenado, y llevado a la crucifixión.

Sólo en el tercer día después de su muerte – en la mañana de la Pascua de Resurrección – los apóstoles comenzarían a entender lo que Jesús quiso decir en la Última Cena. Al principio, por supuesto, aturdidos, llenos de alegría y temerosos a la misma vez. Pero Jesús se les aparecería una y otra vez durante los próximos cuarenta días, instruyéndolos e inculcando en ellos la verdad sobre su resurrección real, material y corporal de entre los muertos.

... Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: ‘La paz con vosotros.’ Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero Él les dijo: ‘¡Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo’. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies (Lucas 24, 36-40).

Sabemos por el Evangelio de San Juan que el Apóstol Santo Tomás (a veces llamado “Tomás el desconfiado”) estaba ausente cuando el Señor se le apareció por primera vez a los Apóstoles.

Tomás, uno de los Doce, ... no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: ‘Hemos visto al Señor’. Pero él les contestó: ‘Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré’.

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: ‘La paz con vosotros.’ Luego dice a Tomás: ‘Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente’. Tomás le contestó: ‘Señor mío y Dios mío’. Dijo Jesús: ‘Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído’ (Juan 20, 24-29).

Parece cierto que los Apóstoles no sabían precisamente lo que debían hacer hasta el día de Pentecostés, cuando fueron ‘revestidos de poder desde lo alto’ (Lucas 24,49) y cuando el Espíritu Santo les esclareció las enseñanzas e instrucciones de Jesús (Juan 16,13). Por el contrario, los Apóstoles pasaron el tiempo entre la Pascua y la Ascensión conociendo la verdad de la resurrección corporal de Cristo. Porque Jesucristo resucitó de entre los muertos en su cuerpo humano, en la misma carne que

nació de la Virgen María. Su cuerpo no permaneció en el sepulcro, ni su alma humana entró sola a los cielos: más bien, Él resucitó corporalmente, con carne y huesos, en la plenitud y perfección de su sagrada naturaleza humana. Para estar seguros, el cuerpo resucitado de Jesús fue transformado (ver 1 Corintios 15, 42-53), de modo que fuera inmortal y más que físico. Sin embargo, permaneció como un cuerpo real, pero liberado de los límites de su naturaleza original.

Fue sólo por medio del Espíritu Santo que los Apóstoles pudieron recordar y entender todo lo que Jesús les había dicho. Entonces, además, entendieron lo que Jesús había realizado en la Cruz, y lo que era y es la Eucaristía. Según lo explica la Carta a los Hebreos, los seguidores de Cristo comprendieron que, en Cristo, Dios había cumplido su promesa de “establecer una nueva alianza con la casa de Israel... no como la alianza que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto” (Hebreos 8, 8-9), sino más bien una alianza que lograría un mayor rescate y llevaría a una intimidad mayor y más duradera con Dios que nada llevado a cabo en el Antiguo Testamento.³

Jesucristo el Señor no nos libró de la muerte eterna y del pecado sólo por un acto espiritual, o sólo por una oración mental o un mandato. Más bien, Él nos salvó mediante el sacrificio del derramamiento de su propia sangre y por el ofrecimiento de su propio cuerpo. De esta forma, su sacrificio fue completo y totalmente abarcador. Cristo se sometió y se entregó al Padre, y como sacerdote ofreció un sacrificio infinitamente más precioso que ningún otro: porque Cristo se ofreció a sí mismo. Y este ofrecimiento de sí mismo no fue sólo un acto de obediencia, sino una ofrenda de su propia voluntad, de su propia vida, de todo su cuerpo y toda su sangre. Nada fue retenido, nada fue ocultado en este sacrificio perfecto. Y por medio de este acto, en el que todo

lo ofrecido estaba impregnado del Espíritu de Dios, el Cristo total – divinidad, alma humana, cuerpo y sangre humanos – se convirtieran en nuestra salvación y nuestra vida. Cristo proveyó lo que la Escritura llama “este camino nuevo y vivo, inaugurado por Él para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne” (Hebreos 10, 20). Por lo tanto, para entrar al cielo, no atravesamos una ruta meramente mental o espiritual, sino a través de la verdadera carne de Jesucristo, ofrecida en sacrificio.

¿Cómo se hace esto? Nunca lo hubiéramos adivinado si Jesucristo no nos lo hubiera dicho Él mismo. Nuestro camino es el camino por medio de su cuerpo, por medio de una unión con el Señor que no sólo es espiritual sino corporal, y que nos une a Él por una intimidad que no podría ser más cercana y completa.

Parte 2: La Eucaristía, verdadero sacrificio de Cristo

Después de comer el Cordero figurativo, y terminada la Cena, creemos que el Cuerpo del Señor fue dado a los discípulos por sus propias manos, y tan entero a todos, como a cada uno de ellos.

Dio a los flacos (discípulos) el alimento de su Cuerpo; dio a los tristes la bebida de su sangre, diciendo: “Tomad el vaso que os entrego, bebed todos de él.”

Así instituyó este Sacrificio cuyo ministerio quiso confiarlo sólo a los presbíteros, a los cuales compete el tomarlo y el administrarlo a los demás.

En el Evangelio según San Juan, descubrimos que Cristo el Señor prometió su carne eucarística a sus discípulos, ya mucho antes de la Última Cena. De hecho, lo que Él tuvo que decir hizo que muchos de sus seguidores lo abandonaran, ya que se rehusaban a creer lo que Él les decía. ¿Qué dijo Jesús que era tan alarmante?

[Jesús dijo:] “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo voy a dar, es mi carne por la vida del mundo”.

Discutían entre sí los judíos y decían: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con Él (Juan 6, 51-56, 66).

Lo que confundía a los discípulos infieles de Jesús era su insistencia en que Él les daría su propio cuerpo y sangre. Aún más chocante era la idea de que estamos supuestos a *comer* su cuerpo y *beber* su sangre. ¿Por qué algo así sería necesario o apropiado? ¿Y hasta cómo sería posible?

Para ser claros, la Sagrada Eucaristía no *parece* ni sabe a carne o sangre humana. Por el contrario, el pan y vino usado para la Misa parecen permanecer como pan y vino. Y si se efectuara un análisis químico, no observaríamos evidencia alguna de algún cambio físico o empírico en el curso de la liturgia. Sería razonable cuestionar cómo podría haber un cambio real cuando nuestros sentidos nos dicen que todo permanece igual.

Debemos comenzar cualquier explicación diciendo que el Sacramento de la Sagrada Eucaristía es algo realizado por Dios. La Eucaristía no es un fenómeno natural, con causas físicas naturales, sino más bien ocurre por la acción directa del Espíritu Santo. La Eucaristía sólo es posible por el poder del Dios que creó el universo.

Segundo, debemos reconocer que nuestro conocimiento de las cosas materiales viene por medio de nuestros cinco sentidos humanos: mediante el oído, gusto, tacto, olfato y vista. Llegamos a tener conocimiento de las cosas y a reconocerlas, de acuerdo a cómo se ven, suenan, se sienten y así sucesivamente. Observamos cosas similares (tales como animales pequeños, fríos, verdosos, amantes del agua que brincan y dicen “croac”) y los identificamos como ejemplos particulares de una clase (tales como “sapos”).

Por supuesto, algunas veces, hacemos juicios incorrectos sobre lo que nos dicen los sentidos. Por ejemplo, podemos ver lo que parece ser una ciruela. Podría ser del tamaño, color y peso correcto, y tener la textura correcta de piel. Pero quizás esto sea sólo una imitación en cera muy bien hecha; en este caso, nuestros ojos no nos han engañado, sino que podríamos habernos engañado a nosotros mismos al haber dependido de la mera apariencia visual. Usando otro de los sentidos, como el sentido del gusto, podemos fácilmente (aunque no gustosamente) descubrir la verdad sobre el objeto que habíamos pensado que era una ciruela.

En contraste con la ciruela de cera con aspecto real, la Sagrada Eucaristía no sólo parece algo que no es (o sea, pan y vino), sino que también sabe, huele, se siente y en toda forma parece ser lo que no es. En el caso de la Eucaristía, toda apariencia a los sentidos es engañosa a nuestro juicio natural

corriente. Nuestro conocimiento de lo que la Eucaristía realmente es, no viene de lo que nuestros sentidos nos dicen del Sacramento, sino mediante lo que Dios nos dice – eso es por fe en lo que escuchamos a Jesús decir: “Éste es mi Cuerpo. Ésta es mi Sangre”.

Cuando preguntamos cómo la Sagrada Eucaristía puede ser una cosa mientras aparenta ser otra, caemos en la contradicción de los medios que tenemos a nuestro alcance para conocer las cosas. Con todo el poder de los sentidos, de nuestro pensamiento abstracto y del juicio humano, llegamos a la conclusión de que nuestro conocimiento de las cosas viene de observarlas en su forma “externa” (por así decirlo). Conocemos las cosas de forma muy imperfecta, y no como Dios (o hasta los ángeles) las conocen. Dios no conoce la identidad de las cosas por medio de percepciones sensoriales sino las conoce en su ‘interior’, en lo profundo de su ser. Llamamos esencia a la *razón fundamental* de una cosa. Y cuando señalamos algo en particular y decimos “eso,” no nos referimos a su mera apariencia a los sentidos ni a *qué clase* de cosa (esencia) es, sino más bien a la *sustancia*, a la cosa en sí misma.

Para los propósitos de nuestra discusión actual, debería ser suficiente decir que en la Sagrada Eucaristía hay un cambio único y milagroso. Lo que comienza como pan y vino, experimenta, por el poder de Dios, una maravillosa transformación y se convierte en el mismo Jesucristo: cuerpo, sangre, alma y divinidad. La forma de la presencia real del Señor, sin embargo, es diferente de la forma de su cuerpo natural y hasta de su cuerpo resucitado; porque en la Sagrada Eucaristía cada pedazo de la sagrada hostia y cada gota del cáliz es el Cristo íntegro. Él no se divide cuando se parte la Eucaristía y no se destruye cuando se consume la Eucaristía. Nos queda concluir que la Sagrada Eucaristía contiene al Cristo íntegro – no un “pedazo” de Él. Al mismo

tiempo, debemos decir que la Eucaristía no encierra o consume el Cuerpo de Cristo, puesto que siempre está completo, aun corporalmente, en el Cielo. El camino hacia adelante desde este hecho misterioso de la presencia del Señor – el camino que saca a relucir su realidad y significado – es considerar por qué el Señor está presente corporalmente en la Eucaristía. Y para esto debemos reconocer la Eucaristía como un sacrificio.

El sacrificio supremo

Usando nuestra imaginación, podríamos inventar una variedad de formas por las cuales Dios nos hubiera podido salvar. Ciertamente, Él hubiera podido hacer que el Señor naciera, sufriera y muriera en otro tiempo y lugar que en el siglo primero en Palestina. O quizás, Dios simplemente pudiera haber *deseado* nuestra salvación, y que ésta se cumpliera por un súbito cambio invisible. O quizás Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, pudo haber sufrido alguna afrenta menor para salvarnos. Después de todo, como verdadero Dios y verdadero hombre, cualquier sacrificio que Él hubiera hecho por nosotros hubiera tenido un valor supremo. Sin embargo, según nos señala Santo Tomás de Aquino, puesto que Dios escogió llevar a cabo la obra de nuestra salvación mediante la muerte de Cristo, es apropiado que consideremos por qué ésta fue la preferencia de la sabiduría divina y el amor. Si hubiera habido otra forma de salvar a la humanidad, ¿por qué habría escogido Dios el camino del sacrificio, el camino de la Cruz?

Aunque es posible pensar en varias razones por qué la muerte – y en específico, una muerte dolorosa y humillante – era la forma más apropiada y fructífera para que Cristo nos salvara, resaltan tres razones.⁴

Primero, con su sufrimiento y muerte Cristo demostró la profundidad de su amor por nosotros, y de esta forma mueve nuestros corazones a amarlo en reciprocidad. Después de todo, muriendo demuestra que no hubo restricción en cuanto a cuán lejos Cristo podía llegar por el bien nuestro, aunque fuéramos sus enemigos. Él no esperó que nosotros fuéramos merecedores de su favor, sino que por el contrario, hizo lo más que pudo y se sacrificó a sí mismo enteramente. Según explica San Pablo a los romanos:

Quando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; en verdad, apenas habrá quien muera por un justo –

por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros (Romanos 5, 6-8).

Un amor como éste, tan generoso y dado libremente, es la clase de amor que mejor evoca de nuestros corazones una reacción similar. Esto nos da una ojeada de cuánto Dios nos ama y ansía nuestro amor. Y como la unión con Dios en el amor es el propósito de la obra de la salvación, la muerte de Cristo es el medio divinamente eficaz que nos lleva a la meta final de la redención.

Segundo, la muerte salvífica de Cristo permanece como un ejemplo sin paralelo de las virtudes de justicia, fidelidad, humildad, obediencia, sacrificio de sí mismo, y todo el resto. No enseñó nada que Él no estuviese dispuesto a demostrar y cumplir con su propio ejemplo, y al morir por nosotros nos mostró claramente el camino a seguir. Así, podemos ver que la pasión y muerte del Señor, su perfecta generosidad y disposición a aceptar todas las cosas prescritas para Él en el plan de Dios, proveen un modelo para nosotros, un ejemplo de forma de vida y santidad.

Por lo tanto, el modo de nuestra redención no sólo nos salva, sino que nos enseña cómo disponernos para la nueva vida alcanzada para nosotros por Cristo.

Tercero, la pasión y muerte del Señor nos demuestran el precio de la redención y de esa forma nos da un indicio del valor de la salvación del hombre. Cuando vemos lo que cuesta liberarnos del pecado, podemos percibir una impresión de lo que está en riesgo en nuestra vida diaria. En vez de ver el pecado como una violación a la ley, podemos empezar a reconocerlo como la odiosa y mortal enfermedad que es. Así podemos ver lo que está en riesgo en la vida de santidad. San Pablo escribe sobre la santidad y el precio pagado por Cristo cuando le dice a los corintios:

¿No sabéis acaso que los injustos no heredarán el Reino de Dios? ¡No os engaños! Ni los impuros ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios. Y tales fuisteis algunos de vosotros. Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios... ¡Huid de la fornicación!... no os pertenecéis. ¡Habéis sido bien comprados! (1 Corintios 6, 9-11; 18-20).

Encontramos la misma enseñanza en la Primera Carta de San Pedro.

Por lo tanto, ceñíos los lomos de vuestro espíritu, sed sobrios, poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os procurará mediante la Revelación de Jesucristo. Como hijos obedientes, no os amoldéis a las apetencias de antes, del tiempo de vuestra ignorancia, más bien, así como el que se os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda

vuestra conducta, como dice la Escritura: ‘Seréis santos, porque santo soy yo’ [Levítico 11, 44-45]. Y si llamáis Padre a quien, sin acepción de personas, juzga a cada cual según sus obras, conducíos con temor durante el tiempo de vuestro destierro, sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro y plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin manchilla, Cristo (1 Epístolas de Pedro 1, 13-19).

De todos estos pensamientos, podemos formar una idea de por qué fue mejor que Cristo se presentara a sí mismo como sacrificio en la Cruz por nosotros. Sólo esto nos debería llenar de asombro y gratitud inagotable. Sin embargo, en la Sagrada Eucaristía vemos que el Señor no pretendió que su ofrecimiento por nosotros fuese algo hecho sólo una vez y dejado atrás en el pasado. Más bien vemos que el Señor permanece como nuestro Sacerdote para siempre, y está continuamente presente ante Dios Padre, intercediendo por nosotros en la humanidad herida, azotada y resucitada que Él asumió por nosotros. Mediante la revelación divina, sabemos que el Señor no dejó de ser nuestro Sacrificio y nuestro Sacerdote cuando Él resucitó de entre los muertos. Más bien, al ascender a los Cielos, Cristo perfeccionó su sacrificio, ya que al entrar a los Cielos con su cuerpo humano Él se convirtió en nuestro mediador, nuestro Sacerdote intercediendo continuamente y mostrando continuamente sus heridas al Padre como señal de su Pasión, del total sacrificio de la Cruz.

La celebración de la Sagrada Eucaristía – la Misa, o la divina Liturgia – no es un mero recordatorio de algo hecho en el pasado. Más bien, es hacernos presente a nosotros en la tierra lo que Cristo hace continuamente en el Cielo. Cristo venció la muerte y ya no sufre, pero aun en la victoria Él es “un Cordero, de pie como degollado” (Apocalipsis 5, 6). El *Catecismo de la Iglesia*

Católica, citando el Concilio de Trento (1562) nos dice que la Misa es llamada sacrificio por tres razones.

La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque *representa* (hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su *memorial* y *aplica* su fruto.

[Cristo], nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hebreos 7, 24.27), en la Última Cena, “la noche en que fue entregado” (1 Corintios 11, 23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz, cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos (1 Corintios 11, 23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n.1366).

Vale la pena resaltar el comentario del Concilio de Trento de que el sacrificio visible de la Eucaristía es “como lo reclama la naturaleza humana”. Todavía somos como Santo Tomás describe a los Apóstoles en sus himno, “débiles y flacos,” y con frecuencia “abatidos y tristes”. Por lo tanto, Cristo no sólo se ofrece al Padre continuamente in el cielo, sino que también se ofrece a nosotros: hace presente entre nosotros su propio sacrificio, permitiendo que sea ofrecido al Padre por sacerdotes humanos y visibles. Y más que eso, Cristo nos invita a unirnos en el Sacrificio como una Pascua, como un banquete en el que nos alimentamos del Cordero de Dios y mediante su más profunda intimidad corporal entramos a la vida del Cielo. Según Dios es la vida y alimento de los ángeles, así mediante la Eucaristía Él se convierte en nuestro

alimento, alimento para el alma que no ignora a la carne pero que viene a nosotros de una forma que concuerda con nosotros como criaturas corporales y espirituales.

Parte 3: Recibiendo la Sagrada Eucaristía

El Pan de los Ángeles es hecho pan de hombres;
da el Pan celestial fin a todas las antiguas figuras.
¡Oh cosa admirable! ¡que coma al Señor
el pobre, el siervo y el humilde!

A Ti, Trina Deidad y Una, te pedimos
que nos visites, así como nosotros te honramos.
Por tus sendas guíanos al fin a donde tendemos,
hasta la luz en que moras. Amén.

A estas dos últimas estrofas del himno *Sacris Solemniis* con frecuencia se les ha pone música y son conocidas por las primeras palabras de la sexta estrofa: “Panis angelicus” – el Pan de los Ángeles. La expresión “pan de los ángeles” viene del Salmo 78, 25 (“Pan de Ángeles comió el hombre; les mandó provisión hasta la hartura”), y se repite en Sabiduría 16, 20: “A tu pueblo, por el contrario, le alimentaste con manjar de ángeles; les suministraste, sin cesar desde el cielo un pan ya preparado que podía brindar todas las delicias y satisfacer todos los gustos”.

Las Escrituras, al hablar de “el Pan de los Ángeles”, no nos propone la visión de una panadería celestial – los ángeles, siendo espíritus puros, no comen pan. Esta expresión metafórica, “el pan de los ángeles”, se refiere al Hijo Eterno de Dios como el sustento y regocijo de los santos ángeles. Ellos no lo reciben por medio de la comunión sacramental sino sólo mediante la contemplación:

contemplan el rostro del Señor, adorándolo a Él que es la perfecta “imagen de Dios invisible” (Epístola a los Colosensos 1, 15).

El Hijo Eterno, para insertarnos en el regocijo y la vida conocida por los santos ángeles, se hizo hombre y asumió para sí la humanidad completa y corporal. Tanto en la tierra como en el cielo, Él es nuestra vida en *Su humanidad, en su cuerpo glorioso* como Dios y Hombre. Aquí en la tierra disfrutamos de una contemplación ensombrecida mediante la fe, pero nuestra mayor intimidad con el Señor surge en nuestro contacto corporal con Él en la Sagrada Comunión: ahí Él nos toca, y ahí Él nutre nuestras almas con su propia vida. En el cielo, esto cambiará. Allí lo veremos cara a cara, como los ángeles; y allí no nos alimentaremos mediante el Sacramento, sino que lo veremos cara a cara con nuestros ojos, y lo podremos tocar con nuestras manos corporales. Por medio de la Sagrada Eucaristía, entonces, podemos ver que el Señor nos está dando una prueba del cielo – de la perfecta intimidad que los santos disfrutaban en su Reino.

Aquí por fin, después de considerar la Eucaristía como el nuevo Banquete de la Pascua y después de considerar la realidad de la presencia corporal del Señor en este Sacramento, podemos deducir algún sentido de los beneficios o frutos de la Sagrada Eucaristía. Primero, la Sagrada Comunión es una íntima unión con Cristo, y nos sirve de comida espiritual para nuestras almas, para enriquecernos con la presencia viva de Jesucristo. Segundo, la Sagrada Comunión nos separa del pecado tanto borrando los pecados veniales de la vida como preservándonos y fortaleciéndonos contra la futura tentación. Tercero, la Sagrada Eucaristía perfecciona la unión de la Iglesia y nos transforma en el Cuerpo Místico de Cristo. Finalmente la Eucaristía nos hace conscientes de la unidad de la Iglesia y de la solidaridad que debemos tener con los pobres y los que sufren. Recibir la Sagrada Eucaristía es recibir el don de todo lo que el Señor quiere que

seamos: nos hace uno con Él, uno con los demás, y es la cura de nuestras divisiones y heridas internas.

La realidad de la presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía depende del poder de Dios. Esto no está determinado por la dignidad del sacerdote que ofrece la Misa, ni por la dignidad de la congregación. Sin embargo, el beneficio que recibimos en la Misa y en la Sagrada Comunión depende de nosotros en gran medida. Para nuestro pesar, somos capaces de minar los dones de Dios y desperdiciar, sin probarlas, las cosas buenas que Él nos da.

La Sagrada Eucaristía sólo beneficia a quienes la reciben dignamente – eso es, que la reciben con una porción de la fe y el amor que Cristo quiere que tengamos. Sin duda esto es un asunto muy serio, pues según dice San Pablo, quien recibe la Comunión “indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor” (1 Corintios 11, 27).

¿Cómo se recibe dignamente la Sagrada Comunión? Primero que nada, uno deberá estar bautizado y en estado de gracia. Aunque existen dos excepciones importantes, el Sacramento es propiamente recibido sólo por católicos.⁵ Normalmente, cualquier Católico que haya cometido pecado grave deberá primero acercarse al sacramento de la reconciliación (confesión) y ser absuelto antes de recibir la Sagrada Comunión. Mediante el arrepentimiento y reforma de vida nos sometemos al Señor a quien recibimos. Recibir sin arrepentimiento ni reconciliación sería sacrílego, un terrible acto de irreverencia para el cuerpo y sangre del Señor.

En relación con la Confesión y la Eucaristía, es bueno recordar que, si bien los católicos deben asistir a Misa todos los domingos y días de precepto, sólo es obligatorio comulgar una vez al año. ¡Naturalmente, es mejor acercarse tanto a la

Confesión como a la Comunión con más frecuencia! Los fieles pueden recibir la Eucaristía hasta dos veces al día y, para estar bien preparados para la comunión frecuente, se recomienda también la Confesión frecuente (semanal or mensual). La Confesión es obligatoria cuando se haya cometido un pecado grave. Si le damos la atención mínima a Dios, comulgando y confesándonos sólo una vez al año, es difícil creer que estamos respondiendo a su amor con verdadera generosidad y con todo corazón.

Para prepararse para la Sagrada Comunión, los católicos ayunan por lo menos una hora antes de recibir el Sacramento. (El agua y los medicamentos no rompen el ayuno, y los ancianos y los enfermos, al igual que los que cuidan de ellos, pueden recibir la Comunión aunque no hayan guardado el ayuno.) Sin embargo, más importante que el Ayuno Eucarístico es la oración.

Naturalmente, uno necesita rezar al momento de recibir la Sagrada Comunión. Esto significa prestar atención a la Liturgia y darse cuenta de que estamos presentándonos a Dios y uniéndonos al ofertorio del sacerdote. También significa reconocer a Quien vamos a recibir en la Comunión. En ese momento, podemos rezar espontáneamente en nuestros corazones y también podría ser útil rezar con palabras que nos han dado la Escritura y la tradición como preparación para el Sacramento. Algunas de esas oraciones son:

Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

(Misal Romano)

Ahora recíbeme, oh Hijo de Dios, como participante de tu cena mística; porque yo no te daré un beso como Judas, ni revelaré tus misterios a tus enemigos, sino como el buen

ladrón yo te confieso, diciendo ¡Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu Reino!

(Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo)

¡Señor mío y Dios mío!

(Juan 20, 28)

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti.

(Misal Romano)

Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre no sea para mí un motivo de juicio y condenación, sino que, por tu piedad, me aproveche para defensa de alma y cuerpo y como remedio saludable.

(Misal Romano)

Ciertamente, éstas no son las únicas oraciones que podemos usar para prepararnos para la Comunión. En la práctica, probablemente necesitemos variar nuestras oraciones en diferentes momentos, dependiendo de nuestras necesidades y del tiempo disponible. Lo ideal sería que antes de la Misa pasáramos un rato leyendo las Escrituras, meditando en el misterio de la Pasión, pidiendo la intercesión de los santos y adorando al Señor en el Santísimo Sacramento. Ahora bien, no siempre es posible hacer todas estas cosas. Sin embargo, necesitamos hacer alguna preparación para recibir al Señor dignamente, lo cual es una razón por lo que es importante que permanezcamos fieles a nuestras oraciones diarias. Si tenemos el hábito de pensar en

Cristo, de hablar con Él y de escucharlo cuando nos habla en las Escrituras, entonces estaremos bien dispuestos a recibirlo íntimamente en el Sacramento de la Eucaristía.

Asimismo, según rezamos antes de la Comunión, también debemos rezar una vez nos sea dado el Sacramento. Esto podrá ser en forma de himno o de oración silenciosa, pero de cualquier forma cada uno de nosotros deberá hacer individualmente algún acto de acción de gracias a Dios por el don de la Sagrada Eucaristía. En un sentido muy real, esto es un caso de hospitalidad divina: le damos la bienvenida a Cristo el Señor al recibirlo corporalmente y sería algo irrespetuoso no prestarle atención a este Invitado divino una vez lo hayamos recibido.

Nuestra bienvenida al Señor en su precioso cuerpo y alma es algo limitado a la duración del Sacramento. Porque la presencia real de Cristo en la Sagrada Eucaristía dura sólo mientras permanecen los accidentes (o las apariencias) del Sacramento – eso es, hasta que la Eucaristía es digerida, destruida físicamente o decae mediante algún proceso natural. Por lo tanto, normalmente la Iglesia reserva alguna porción de la Eucaristía y no la reparte completa para ser consumida por los fieles en la Misa. Esto asegura que el Sacramento esté disponible para ser llevado a los enfermos y moribundos. También provee la continua presencia real de Jesucristo en nuestras Iglesias.

En el tabernáculo, donde la Sagrada Eucaristía es reservada, Cristo permanece vivo y presente entre nosotros en su cuerpo. Por lo tanto, podemos acercarnos a Jesucristo *corporalmente*, como nos acercaríamos a un amigo o hermano, en la conversación de la oración y devoción. Mientras que el Señor está presente espiritualmente en todas partes, Él está materialmente y sustancialmente presente en la Sagrada

Eucaristía, el “Santísimo Sacramento” reservado en las iglesias católicas del mundo.

Desde la época medieval, la Iglesia Occidental también ha practicado la Exposición y Adoración de la Sagrada Eucaristía, al igual que el rito llamado Bendición. En estos ritos, el Sacramento reservado es expuesto en lo que se llama una custodia. Esto le permite a los fieles ver la Sagrada Eucaristía, y provee una oportunidad para profundizar la devoción al Señor en su presencia corporal. En ciertas ocasiones, la sagrada Eucaristía en la custodia se lleva en procesiones; es la costumbre concluir estos períodos de Exposición con la Bendición del los presented con el Santísimo en la custodia.

Por todo el mundo, hay monasterios que practican la “Adoración Perpetua”, o sea, exposición las 24 horas de la Sagrada Eucaristía, con algún miembro de la comunidad siempre en oración frente al Señor. En otros lugares, hay períodos de Exposición y Adoración a diferentes intervalos del día, semana, mes o año. Actualmente, la práctica de Exposición y Adoración es cada vez más popular en las parroquias ordinarias. Esto se debe sobre todo al aumento constante del número de los que descubren la gracia especial de pasar algún tiempo en la presencia real des Señor. Ciertamente, familiarizarnos con Cristo en esta forma tan generosa es una de las mejores formas de prepararnos para recibir bien y dignamente la Sagrada Eucaristía.

“Nadie come de esa Carne a menos que la haya adorado primero, ... y pecamos al no adorarlan”,⁶ escribió San Agustín a principios del siglo cinco. Sólo recibir la Sagrada Eucaristía, o sólo asistir a Misa no es suficiente. Porque todos los que tienen la capacidad, mente y corazón deberán unirse para adorar y recibir al Rey de Todos, quien viene a nosotros como nuestro Señor y

nuestro Hermano en la misma carne que Él tomó de la Virgen María. Esta forma de recibir, con atención, adoración y amor nos vincula a Cristo y nos equipa para el combate de la vida. Más aun, en las palabras de San Juan Crisóstomo, esto nos lleva al cielo en triunfo:

Cristo hizo esto para crear un vínculo de amistad más cercano con nosotros y para manifestar su amor por nosotros, dándose a sí mismo a aquellos que lo desean, no sólo para contemplarlo, sino también para palparlo, para comerlo, para abrazarlo con la plenitud de su corazón entero. Por lo tanto, como leones que respiran fuego nos apartamos de esa Mesa, convirtiéndonos en objetos de terror para el demonio.⁷

Notas

- ¹ Santo Tomás de Aquino, *Sacris sollemniis*, Himno de Maitines para la Fiesta de Corpus Christi. Traducción: R.P. Germán Prado, O.S.B.
- ² El Nuevo Testamento nos narra la institución de la Sagrada Eucaristía en palabras similares pero con leves variaciones. Ver Mt 26, 26-28; Mc 14, 22-24; Lc 22, 19-20 y 1 Co 11, 23-26.
- ³ Ver Hb 9, 11-26.
- ⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 111, 46,3.
- ⁵ Ver el *Catecismo de la Iglesia Católica*, núms. 1399-1401. Hay dos excepciones que conciernen a los fieles de aquellas Iglesias Orientales que no están en total unión con Roma y – en circunstancias extremas – ciertos protestantes que tienen completa fe en el Sacramento. Naturalmente, los ortodoxos reciben con regularidad la Sagrada Eucaristía en sus propias iglesias. Ver el principio esbozado por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad Cristiana en *Directorio para la Aplicación de Principios y Normas sobre el Ecumenismo* (1993), núms. 129-131.
- ⁶ San Agustín, Enarración en Salmo 98,9. Citado por J.T. O'Connor en *El Maná Escondido*, p.59.
- ⁷ San Juan Crisóstomo, Homilías sobre San Juan, 46. Citadas en J. Chapin, *El Libro de Citas Católicas* (Nueva York: Farrar, Straus y Cudahy, 1956), s.v. “Santísimo Sacramento del Altar”.

Bibliografía

- Auer, Johann y Joseph Ratzinger, *Dogmatic Theology 6: A General Doctrine of the Sacraments and the Mystery of the Eucharist*. Traducido por E. Leiva-Merikakis. Washington, DC: The Catholic University of America Press, 1995.
- Britt, Matthew. *The Hymns of the Breviary and Misal*. New York: Benziger, 1924.
- Clark, Stephen B. *Catholics and the Eucharist: A Scriptural Introduction*. Ann Arbor: Charis, 2000.
- Donin, Hayim Halevy. *To Be a Jew: A Guide to Jewish Observance in Contemporary Life*. New York: Basic Books, 1991.
- Irwin, Kevin W. *Models of the Eucharist*. New York: Paulist Press, 2005.
- O'Connor, James T. *The Hidden Manna: A Theology of the Eucharist*. San Francisco: Ignatius, 1988.
- United States Conference of Catholic Bishops. "The Real Presence of Jesus Christ in the Sacrament of the Eucharist: Basic Questions and Answers" (published in Spanish "La Presencia Real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía: Preguntas y Respuestas Básicas". *Origins* 31,7 (28 de junio de 2001) 121-8.

Lecturas Sugeridas

- Groeschel, Benedict J. *Praying in the Presence of Our Lord: Prayers for Eucharistic Adoration*. Huntington, IN: Our Sunday Visitor Press, 1999.
- Groeschel, Benedict J. y James Monti. *In the Presence of Our Lord: the History, Theology and Psychology of Eucharistic Devotion*. Huntington, IN: Our Sunday Visitor Press, 1997.
- Hampsch, John H. *The Healing Power of the Eucharist*. Ann Arbor: Charis, 1999.
- Lovasik, Lawrence G. *The Basic Book of the Eucharist*. Manchester, NH: Sophia Institute Press, 2001. (Edición abreviada de *The Eucharist in Catholic Life*. New York: Macmillan, 1960.)

Sobre el Autor

Padre Bernard Mulcahy es un sacerdote de la Orden de los Predicadores (los dominicos). Nació en Staten Island, Nueva York, y ha sido profesor de teología en Benedictine College en Atchison, Kansas, y en Providence College, en Providence, Rhode Island. Padre Mulcahy es Caballero de Colón, tal como lo fueron su padre y su abuelo.

“La Fe es un regalo de Dios que nos permite conocerlo y amarlo. La Fe es una forma de conocimiento, lo mismo que la razón. Pero no es posible vivir en la fe a menos que lo hagamos en forma activa. Por la ayuda del Espíritu Santo somos capaces de tomar una decisión para responder a la divina Revelación y seguirla viviendo nuestra respuesta”. Catecismo Católico de los Estados Unidos para los Adultos, 38.

Acerca del Servicio de Información Católica

Los Caballeros de Colón, desde su fundación, han participado en la evangelización. En 1948, los Caballeros iniciaron el Servicio de Información Católica (SIC) para ofrecer publicaciones católicas a bajo costo al público en general, lo mismo que a las parroquias, escuelas, casas de retiro, instalaciones militares, dependencias penales, legislaturas, a la comunidad médica, o a personas particulares que las soliciten. Por más de 60 años, el SIC ha impreso y distribuido millones de folletos y miles de personas han tomado nuestros cursos de catequesis.

El SIC ofrece los siguientes servicios para ayudarle a conocer mejor a Dios:

Folletos Individuales

Contacte al SIC para obtener una lista completa de todos los folletos y para ordenar los que quiera.

Curso para Estudiar en Casa

El SIC ofrece un curso gratuito para estudiar en casa por correo. En diez rigurosas lecciones obtendrá una visión general de la enseñanza católica.

Cursos en Línea

El SIC ofrece dos cursos gratuitos en línea. Para inscribirse visite el sitio **www.kofc.org/ciscourses**.

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA

Verdadera información católica y no simples opiniones.

En relación con la nuevas generaciones, los fieles laicos deben ofrecer una preciosa contribución, más necesaria que nunca, a una *sistemática labor de catequesis*. Los Padres sinodales han acogido con gratitud el trabajo de los catequistas, reconociendo que éstos “tienen una tarea de gran peso en la animación de las comunidades eclesiales”. Los padres cristianos son, desde luego, los primeros e insustituibles catequistas de sus hijos... pero, todos debemos estar conscientes del “derecho” que todo bautizado tiene de ser instruido, educado, acompañado en la fe y en la vida cristiana.

Papa Juan Pablo II, *Christifideles Laici* 34
Exhortación Apostólica sobre la Vocación y Misión
de los Laicos en la Iglesia y en el Mundo.

Acerca de los Caballeros de Colón

Los Caballeros de Colón, una sociedad de beneficios fraternales fundada en 1882 en New Haven, Connecticut por el Venerable Siervo de Dios el Padre Michel J. McGivney, es la organización más grande de laicos católicos, con más de 1.8 millones de miembros en América, Europa y Asia. Los Caballeros ayudan a su comunidad y a las demás comunidades, y cada año contribuyen con millones de horas de servicio voluntario a causas caritativas. Los Caballeros fueron los primeros en brindar apoyo financiero a las familias de los policías y del personal del departamento de bomberos que fallecieron en los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y trabajan muy de cerca con los obispos católicos para proteger la vida humana inocente y el matrimonio tradicional. Para buscar más acerca de los Caballeros de Colón visita el sitio **www.kofc.org**.

Si tiene preguntas específicas o desea obtener un conocimiento más amplio y profundo de la fe católica, el SIC le puede ayudar. Póngase en contacto con nosotros en:



Knights of Columbus, Catholic Information Service
Po Box 1971 New Haven, CT 06521-1971
Teléfono 203-752-4267 Fax 203-752-4018
cis@kofc.org
www.kofc.org/sic

Proclamando la Fe

En el Tercer Milenio